

Liberación nacional y socialismo en América Latina

LEOPOLDO ZEA

LA DOBLE LUCHA POR EL SOCIALISMO EN LATINOAMÉRICA

El socialismo en pueblos o naciones bajo dependencia, como la América Latina, denominados como del Tercer Mundo, ha de realizarse en un doble enfrentamiento: uno interno vertical, frente a grupos sociales que buscan imponer sus intereses en la vieja relación amo-esclavo, señor-siervo, patrón-trabajador. Del triunfo contra esta manipulación del hombre por el hombre ha de originarse el socialismo. Otro externo, propio de pueblos que han entrado a la historia bajo el signo de la dependencia. A la manipulación interna se suma la externa, impuesta por potencias sobre pueblos enteros, sobre regiones continentales hasta abarcar el resto del mundo no occidental. En esta relación caben todos los grupos sociales de los pueblos bajo dependencia horizontal, amos y esclavos, señores y siervos, patrones y trabajadores. Pueblos que forman parte del sistema capitalista en la relación de dependencia señalada. Los esfuerzos por cambiar esta situación, que hagan o intenten hacer tales pueblos, estarán siempre condicionados por los intereses de centros externos de los que son dependientes. Los intentos por ser, dentro del sistema, algo más que instrumentos, tropezarán con grandes resistencias. El desarrollo, cuando éste es posible, se encuentra determinado por el desarrollo de los centros de poder, es el llamado desarrollo del subdesarrollo. Las burguesías que han hecho la grandeza del sistema capitalista dejan de ser tales en regiones como las latinoamericanas, tan solo pseudo-burguesías o burguesías dependientes. Las tiranías que sufren estas regiones son tiranías al servicio del desarrollo y seguridad de las naciones que han impuesto su dependencia. Dentro de esta situación el socialismo ha de darse en un doble enfrentamiento: contra las fuerzas de intereses externos que tratan de imponerse y contra las fuerzas de intereses internos que se ponen al servicio de las primeras.

De esa relación horizontal de dependencia ya hablé, en su momento, el libertador Simón Bolívar, con palabras que aún siguen teniendo sentido en nuestros días: “Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca —dice—, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores”. ¿Cuál es nuestro destino? “Los campos para cultivar añil,

la graba, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarianta".¹ ¿Qué pasó con los hombres, las clases, los grupos sociales, las castas que sufren en su totalidad esta explotación? Éstos, lejos de unirse y servir a los intereses propios de los pueblos de los que son parte, aceptan la situación servil beneficiándose, en lo posible, al cuidar de los intereses del colonizador. Burguesías dependientes que se conforman con el mínimo de privilegios que les permite el sistema, o más aún, tiranías, dictaduras, no ya al servicio de los tiranizados, sino al de intereses extraños a estos pueblos.

La "América —decía Bolívar— no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante". ¿Qué quiere decir esto? En la historia han surgido grandes tiranías, tanto en Turquía, como en Persia, Tartaria o China, cuyos gobernantes imponían a sus pueblos su voluntad, pero una voluntad encaminada a hacer, aún por la fuerza, la grandeza, no sólo de sus tiranías, sino de los pueblos que surgirían de esa tiranía. Eran turcos, persas, mongoles y chinos los sátrapas y tiranos, como lo eran también los pueblos que de esa forma creaban imperios que servían a los intereses de los pueblos que los imponían. "¡Cuán diferente era entre nosotros! —agrega Bolívar—, se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente". "Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que tan necesario es conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues no nos era permitido ejercer sus funciones". Este estado, sigue Bolívar, era tan negativo "que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de edades y la política de todas las naciones". Una situación peculiar que no se había dado en la historia de los pueblos de otras regiones, los cuales sólo se han tenido que enfrentar a los obstáculos internos de los grupos manipuladores, pero sin hacer depender el éxito de este enfrentamiento de una fuerza superior a ellos, de los centros de poder que imponen el colonialismo.

Ha sido esta peculiar relación de dependencia horizontal la que ha impedido triunfar a estos pueblos sobre la dependencia y explotación interna, la propia de todos los pueblos. El socialismo como expresión del triunfo contra la dependencia interna se ha dado como algo natural, como algo propio del desarrollo de las sociedades en Europa, en el mundo llamado mundo occidental. No ha podido ser así en pueblos de muchas

¹ Simón Bolívar, "Carta de Jamaica", Kingston, 6 de septiembre de 1815, en *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, UNAM, México, 1978.

formas marginados del desarrollo capitalista como Rusia antes de transformarse en la Unión Soviética, como China y los pueblos en la frontera con la Unión Soviética o pueblos como el yugoslavo. Las contradicciones sociales, el cultivo que para estas contradicciones fue la segunda guerra mundial como antes la primera, precipitaron cambios no previstos por la dialéctica marxista. Las presiones externas, provenientes del mundo capitalista, no fueron lo suficientemente fuertes para impedirlo.

Más difícil ha sido para los pueblos bajo la dependencia horizontal del colonialismo impuesto por el mundo occidental. La resistencia a la explotación en estas regiones se ha presentado como nacionalista, de liberación nacional, uniendo los esfuerzos de sus diversos grupos nacionales contra una dependencia común. Así fue en China, Indochina y otras regiones de Asia y de África, así ha sido y está siendo en la América Latina. Este nacionalismo fue el que se impuso al imperialismo francés en Indochina y al británico en la India, a ambos en África y Asia. En China triunfa frente a diversas fuerzas imperiales. Los Estados Unidos, tratando de ocupar el "vacío de poder" dejado por el imperialismo europeo, según las palabras de Eisenhower, siguió la táctica, ya utilizada para imponer sus intereses en la América Latina, y puso a su servicio los grupos sociales que aspiraban a hacer de sus pueblos naciones semejantes a las del mundo moderno, al hacer de la América del Sur "Los Estados Unidos de la América del Sur"; de los hombres de esta región otros yanquis que hiciesen por ella lo que los yanquis del norte habían hecho por la suya. Para ello era necesario enfrentar los obstáculos dejados por el coloniaje ibero. Para ello, permitir que pueblos más industriales que los latinoamericanos hicieran de la riqueza de esta región su propia riqueza, mientras los latinoamericanos aprendían a explotar tales riquezas y con ello el derecho a usufructuarlas. De esta forma, burguesías nacionales que se suponía harían la grandeza de sus pueblos se fueron subordinando poco a poco a los centros de poder de la gran burguesía internacional. De la grandeza de esta gran burguesía iba a depender su limitada grandeza. Así surgieron oligarquías nacionales, al servicio de los grandes intereses de los centros de poder imperial. Y con estas oligarquías, tiranías, dictaduras dependientes encargadas de cuidar de los intereses de los centros de poder para que no fuesen afectados. Tiranías bananeras como las que han azotado a la América Central y a las Antillas. Tiranías castrenses como las que han sufrido y sufren aún los pueblos del sur de la América Latina. Tiranías y ejércitos represores de sus propios pueblos, para mejor garantizar la seguridad de los grandes intereses externos y los limitados intereses de sus albañes. Una política colonial que ha sido llevada a todas las regiones de la tierra para la seguridad del neocolonialismo. Así se intentó en Indochina, originándose la guerra sucia de Vietnam en la que los Estados Unidos se fueron involucrando hasta terminar en la pesadilla de la derrota de su poderío material y moral. Igualmente se involucraron en los

esfuerzos hechos para frenar el socialismo en China, haciendo del nacionalismo chino un instrumento a su servicio, que terminó aislado en Formosa. Así ha sido en África negra y en el mundo árabe, haciendo de fuerzas que pudieran haber sido progresistas, instrumentos a su singular servicio.

El socialismo es por ello tan difícil de realizarse en la América Latina, como lo mostró Cuba y lo está mostrando Nicaragua. Este socialismo tiene, previo a su enfrentamiento con fuerzas internas que lo impiden, que enfrentarse a las fuerzas externas que las apoyan. Para poder ser socialista se tiene previamente que ser antiimperialista. El imperialismo es un obstáculo al socialismo, no previsto por el marxismo que sólo ponderó la lucha interna. La externa, como ya se hizo patente en la revolución soviética, hizo que se transformara en marxismo-leninismo. Por ello, en las regiones que han de realizarse contra la doble dependencia se habla no de marxismo sino de marxismo-leninismo. El marxismo propio de pueblos que han de luchar en dos frentes. En un encuentro de intelectuales, realizado en México hace algunos años, se encontraron el venezolano Rómulo Gallegos y el estadounidense John Dos Passos. Éste se mostró molesto por las continuas alusiones al imperialismo de los Estados Unidos en América Latina. "No sé por qué culpan ustedes a los Estados Unidos de males que les son propios —dijo—, las dictaduras y tiranías de que se quejan son suyas, las impone su gente, son criaturas suyas". "En efecto, —contestó Rómulo Gallegos— nosotros los criamos, pero ustedes los amaman-tan, poniéndolos a su servicio".

"CON EL SISTEMA HEMOS TOPADO"

Hegel hablaba de las "argucias" del espíritu para realizarse. En países como los latinoamericanos, cuya situación hemos descrito, una relación horizontal de solidaridad es de extrema importancia para superar la impuesta relación vertical de dependencia interna y externa. La posibilidad de triunfo frente a la dominación interna depende a su vez de la posibilidad de vencer, de alguna forma, la dependencia externa. Por ello, cuando se quiere poner fin al despotismo y a la corrupción que el mismo engendra, enfrentando las oligarquías nacionales, se tropieza fácilmente con el dominio externo. La lucha antioligárquica conduce a la lucha antiimperialista. De esta ineludible relación han tomado plena conciencia quienes se han empeñado en la justicia social en sus naciones. El proyecto socialista en estas sociedades se presenta dentro del nacionalismo que puede permitir el acoplamiento y la afirmación de las fuerzas que hacen posible la nación, en la búsqueda de "un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios".

Este equilibrio se sostiene frente a la demanda de privilegiados grupos

sociales que remedando el origen del orden del sistema del que son dependientes sus pueblos, hablan de la necesaria existencia de clases que hagan por estas regiones lo que otras equivalentes han hecho por las grandes naciones del sistema capitalista. Se considera que para que los pueblos de la América puedan transformarse en naciones como las de la Europa occidental y los Estados Unidos, tendrán que hacerse previamente una serie de sacrificios que la clase responsable de la conducción nacional ha de concentrar en su beneficio y desarrollo. En el siglo XIX, recién alcanzada la emancipación política frente al colonialismo ibero, se habla de un grupo conductor que sería el meollo de una clase que sería la "burguesía nacional". La burguesía nacional latinoamericana pondría en marcha los proyectos que un día permitirían a sus pueblos transformarse en naciones semejantes a los grandes modelos creados por la acción de las burguesías nacionales de esos pueblos. Pero esto implica sacrificios que deberán ser hechos por los propios pueblos en beneficio de la clase que hará posible el desarrollo y el progreso. ¿No había sucedido así en el sistema capitalista? Éste se había desarrollado gracias a los extraordinarios sacrificios que fue menester realizar, expresos en la miseria de las grandes urbes de los centros de poder del que sería el régimen capitalista. La miseria expresa a lo largo del siglo XVIII y principios del XIX. Lo que ya no se dijo es que estos sacrificios acabarán siendo hechos por los pueblos de la periferia de tales centros de poder; por los pueblos de Asia, África y América Latina. La explotación amo-esclavo se transformó en explotación colonial al servicio de los pueblos que gozarían las ventajas del sistema capitalista.

El fracaso de la oligarquía latinoamericana, al finalizar el siglo XIX e iniciarse el XX, se hace patente con la aparición de un nuevo y poderoso imperialismo, el de los Estados Unidos. El proyecto liberal latinoamericano es negado por revoluciones como la mexicana en 1910 y reformas que a lo largo de la América Latina se harán sentir de diversas formas. Sobre la propia miseria no se puede alzar riqueza alguna. La prosperidad no puede ser pagada por el pueblo mismo, ya que en el mundo occidental esta prosperidad acabó siendo pagada y está siendo pagada por otros pueblos. Pero ¿quién iba a pagar por la prosperidad de los pueblos de la América Latina y otras regiones que entraron a la historia bajo el coloniaje? El fracaso de oligarquías latinoamericanas como el porfiriato en México hicieron patente la necesidad de reclamar un "equilibrado reparto de sacrificios y de beneficios". Estos pueblos, distintos de los que forman el mundo occidental, tendrán que realizar su desarrollo en un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios de todos los grupos sociales que los forman. Reparto de sacrificios, en un igualmente obligado reparto de los beneficios que tales sacrificios originen. El Estado, surgido de las acciones revolucionarias y reformistas en estos pueblos, se encargaría de mantener este justo equilibrio. Así se hace expreso en la Constitución Mexicana de 1917, en la que el Estado es el encargado de cuidar el equilibrio que han de

guardar entre sí la iniciativa privada y las grandes masas de trabajadores del campo y la ciudad. Ningún grupo social podrá ya hacer descansar su peculiar desarrollo y prosperidad en los sacrificios de otros. Deben subsistir todas las clases sociales, pero armónicamente organizadas en el logro de un desarrollo que debe ser común. El Estado, surgido de revoluciones como la de México o movimientos políticos similares a lo largo de la América Latina como el varguismo en Brasil y el peronismo en la Argentina, se impondrán la difícil tarea de equilibrar grupos sociales cuyos intereses parecen opuestos entre sí. Un socialismo *sui generis*, como *sui generis* será la búsqueda de estas naciones; el propio de pueblos cuyas posibilidades para el cambio estaban dentro del ámbito de posibilidad que les marca el sistema del que sólo son vistos como simple instrumento; el capitalismo.

“Con el sistema hemos topado”, se podría decir, remediando al *Quijote*. Con el sistema hemos topado y se ha topado inmediatamente cuando se ha pretendido y se pretende ir más allá de estas limitaciones. Límites que están en contra de la misma declaración de principios en la búsqueda del justo equilibrio de sacrificios y de beneficios. Tratando de rebasar estas limitaciones, de poner fin a injusticias centenarias en América Latina, fue que Cuba ayer, como ahora Nicaragua, se fue radicalizando. En el asalto al Moncada, el 26 de julio de 1953, los jóvenes que seguían a Fidel Castro en Cuba, sólo aspiraban a poner fin a corrupciones, injusticias y otros males que parecían propios de la región. Poner fin a la brutalidad de la dictadura de Fulgencio Batista, para después poner fin a la brutal dictadura de Anastasio Somoza, fue que los jóvenes tomaron el Moncada y se insurreccionaron, como también se insurreccionó el pueblo de Nicaragua. En una y en otra insurrección sólo se aspiraba a lo que han aspirado otras revoluciones como la mexicana en 1910 y la frustrada Revolución guatemalteca de 1956 y los movimientos populistas en Argentina y Brasil. Esto es, hacer naciones bajo el signo de la autodeterminación en un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios que permitiesen el desarrollo de sus pueblos. En cada ocasión se topó con el sistema que, de inmediato, apoyó a los grupos represores nacionales y cuando no pudo, organizó la represión exterior para que pusiese fin a tales demandas, como los “gusanos” y los “contras”.

Está claro que ese mínimo de justicia social será imposible si el sistema se considera en alguna forma afectado. La corrupción interna hacía posible la explotación externa, el abuso de poder interno, el dominio externo que lo manipula. Ernesto Che Guevara, en carta al escritor Ernesto Sabato, muestra cómo fue esta resistencia del sistema, lo que fue radicalizando una revolución que sólo aspiraba a resolver sus problemas internos. “Fidel Castro —escribe— era un aspirante a diputado por un partido burgués, tan burgués como podía serlo el partido radical en la Argentina”. “Nosotros “éramos un grupo de hombres con poca preparación política, solamente una carga de buena voluntad y una ingénita honradez”. Pero fue la resis-

tencia interna, apoyada por la presión externa que el logro de las metas anheladas se fue acelerando, así sucedió en Cuba y en Nicaragua. “Y esta Revolución es así —sigue el Che Guevara—, porque caminó mucho más rápido que su ideología anterior”. Queriendo hacer lo que se habían propuesto hacer estos revolucionarios, acabaron enfrentándose al sistema que consideraban los había defraudado. ¿Por qué defraudado? Porque siempre se ofrecen cosas a los pueblos que después no se cumplen, ya que las circunstancias, el sistema, las consideran inconvenientes. Los Estados Unidos sostienen “que traicionamos nuestros principios, es parte de su verdad; traicionamos la imagen que ellos se hicieron de nosotros”,² dice el Che Guevara. Hablamos de nacionalizar los servicios, de liquidar el latifundio, de moralizar la administración, etcétera, y lo empezamos a hacer. Esto fue la traición, porque nunca lo que se prometía se hacía si esto afectaba intereses de los que depende el peculiar orden nacional. Lo mismo sucede en nuestros días con Nicaragua, a cuyo gobierno se acusa de haber traicionado los proyectos democráticos ofrecidos y el desarrollo nacional. Pero ¿cómo democratizar y desarrollar a un pueblo sometido día con día a presiones internas y externas sin fin? ¿Cómo elevar el nivel de vida de un pueblo obligado a armarse para que no se anule la revolución iniciada? ¿Cómo democratizarse pactando con los verdugos del somocismo?

La presión externa alguna vez ha doblado la voluntad de pueblos, pero a veces endurece esta voluntad y el temido fantasma del socialismo radical se hace expreso como sucedió en Cuba, está sucediendo en Nicaragua y está sucediendo en otros pueblos de la Tierra. Lo que podía ser pacífica reforma al servicio de las mayorías, se va transformando en revolución con todas sus consecuencias. En los pueblos de la América Latina y de otras regiones en situación semejante, vuelve a presentarse como una necesidad del antiimperialismo, el descolonialaje. La vieja lucha contra el colonialaje de ayer se enarbolaba ahora contra un nuevo colonialaje. Así describe Fidel Castro la revolución que ahora encabeza. Hablando de la toma del Cuartel de Moncada el 26 de julio de 1953, dice: “No comenzó ese día la contienda de nuestro pueblo por la liberación, se reinició la marcha heroica emprendida en 1868 por Céspedes y proseguida más adelante por el autor intelectual de Moncada: José Martí”.³ Es la misma y vieja lucha anticolonialista y antiimperialista de Céspedes y Martí que, a su vez, completaban la lucha por la emancipación total de la América Latina de la que fue máxima expresión Simón Bolívar. “Martí es el padre de la revolución, Bolívar el abuelo”, dicen los revolucionarios cubanos. Igual sucede en Nicaragua, cuya revolución eleva el nombre de su iniciador Augusto César Sandino, quien, a su vez, soñaba con una América libre, en la que

² Ernesto Che Guevara, “Carta a Ernesto Sabato”, Habana, 12 de octubre de 1960, en *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, 60, UNAM, 1979.

³ Fidel Castro, “Discurso en el XXV aniversario del asalto al Moncada”, en *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, 77, UNAM, México, 1979.

los ideales de integración de Bolívar pudiesen ser una realidad. Así es la revolución en El Salvador que sigue a Farabundo Martí, otro antiimperialista. Se considera que el socialismo, en su máxima plenitud, sólo podrá darse a partir del triunfo en la larga lucha sobre el dominio externo, sobre el imperialismo en cualquiera de sus expresiones. Un equilibrado reparto de sacrificios y de beneficios en pueblos como los de esta región sólo será posible venciendo previamente no sólo los obstáculos internos, sino contrariamente los externos que dan fuerza a los primeros e impiden esa necesaria justicia contra la explotación iniciada sobre toda una región de la tierra hace ya cinco siglos.

EL COMUNISMO, ENDURECIMIENTO DEL NACIONALISMO

En los países de la Europa occidental y Norteamérica, el socialismo habrá de ser el natural resultado de las contradicciones de las sociedades que los conforman, del sistema a que éstos dan origen. Hasta ahora no ha sido así; el socialismo en estos países, en todo caso, se ajusta a las circunstancias que han originado el sistema, pero sin afectar el desarrollo del mismo. Contra las predicciones del marxismo, el socialismo en su expresión más radical, el comunismo, se ha venido realizando en pueblos ajenos a las condiciones previstas para el surgimiento del socialismo en el mundo occidental. Rusia, China, Vietnam, Cuba, son pueblos marginales en relación con el desarrollo del sistema eurooccidental. El socialismo en Europa no se ha radicalizado, sino que se ha adaptado a las condiciones creadas por el mismo sistema capitalista, como se hace patente en las últimas expresiones del mismo en Francia y España. El eurocomunismo italiano ha sido también expresión de este socialismo que habrá de emerger plenamente como natural evolución del sistema que tiene que ser rebasado.

Alemania debió ser, de acuerdo con las predicciones del marxismo, la primera nación socialista, dado el desarrollo alcanzado por el capitalismo y las contradicciones internas que este mismo desarrollo estaba originando. Nunca se pensó que pudiese ser Rusia, vista como una nación atrasada y bárbara, donde el socialismo se diese en su expresión más radical. Por ello fue larga la resistencia del sistema capitalista a este no calculado brote del socialismo en Europa. Resistencia y presión inútiles, ya que este pueblo, por su extensión y posibilidades, acabó imponiéndose como una alternativa del capitalismo. Después de la segunda guerra mundial, la Europa eslava se fue a su vez transformando en un conjunto de pueblos bajo el sistema comunista. El socialismo en los países desarrollados del mundo occidental siguió y sigue esperando su turno. En cambio, el capitalismo en su expresión imperial, colonialista, está dando origen a otras expresiones del socialismo radical en Asia, como China e Indochina, e igual en

África hasta llegar a la América Latina, con Cuba. Aquí la centenaria presión imperial del colonialismo originará cambios hacia el socialismo no previstos por el propio marxismo. El socialismo ha estado surgiendo como resultado de las contradicciones del imperialismo eurooccidental. Un imperialismo, como todo imperialismo, insaciable y avaro. La resistencia, al permitir que los pueblos bajo dominación sean algo más que instrumento de su propio y exclusivo desarrollo, está originando estas contradicciones. Pueblos preparados sólo para la servidumbre, contrarios a cualquier presencia que no estuviere dentro de esta situación de dependencia. Citemos nuevamente a Bolívar: estábamos, dice “abstraídos, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces, diplomáticos nunca; militares sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes”.

La Revolución mexicana, iniciada en 1910, no aspira sino a corregir los errores del liberalismo darwiniano, de acuerdo con el cual son sólo los más aptos los que se imponen a los menos aptos. Y son estos últimos los que han de cargar con los sacrificios que permitan la prosperidad de los primeros. La Revolución mexicana propuso por ello un equilibrado reparto de sacrificios y de beneficios y fue de acuerdo con esto que realizó una serie de reformas, entre ellas la agraria. Reformas que tropezaron de inmediato con el nuevo imperialismo estadounidense que presionó al gobierno de la revolución para impedir reformas que afectaran sus intereses. La expropiación petrolera realizada por Lázaro Cárdenas el 18 de marzo de 1938 fue posible gracias a la situación especial que vivía el mundo en el que el sistema capitalista se enfrentaba ya al totalitarismo nazi-fascista. Ha sido en defensa de estos intereses, los propios de su pueblo, que México ha venido sosteniendo la doctrina de la no intervención y el derecho de autodeterminación de los pueblos. Una doctrina esencialmente anti-imperialista que ha encontrado y sigue encontrando fuerte oposición y con ella presiones cada vez más fuertes.

La revolución cubana, en sus inicios, se presenta como una revolución nacionalista que aspiraba, como la mexicana, a satisfacer las ingentes necesidades de su pueblo, a poner fin a viejas explotaciones oligárquicas e imperiales. Fidel Castro, iniciada la revolución, fue a los Estados Unidos en busca de apoyo y para explicar malentendidos que empezaban a correr: “Espero —dijo en Washington— que el pueblo de los Estados Unidos comprenda mejor al pueblo de Cuba y espero comprender mejor al pueblo de los Estados Unidos”. “Somos una democracia. Estamos contra toda forma de dictadura [...] por eso estamos contra el comunismo”. Castro llama a esta revolución *humanista*. “La hemos llamado *humanista* en razón de sus métodos humanos, porque queremos librar al hombre de sus temores, las consignas y los dogmas”. “El terrible problema del mundo es estar

colocado ante la elección entre el capitalismo, que mata de hambre a los pueblos, y el comunismo que resuelve los problemas económicos pero suprime las libertades que son caras al hombre".⁴ A esta declaración contestó el sistema con nuevas presiones. Sobre el humanismo declarado por Castro estaban sus intereses... Este humanismo, en cuanto podía afectar dichos intereses, no era sino una expresión más del temido comunismo. De esta forma, escribe el Che Guevara a Ernesto Sabato, la revolución fue radicalizándose. Y en esta radicalización no había engaño, la posibilidad del humanismo expresado dependía de la resistencia al sistema que lo consideraba ajeno a sus intereses. Había entonces que enfrentarse al sistema, que alinearse en la guerra que contra este sistema sostiene el sistema socialista. La elección que se planteará la revolución cubana será la misma elección que se irá planteando a cada pueblo en América Latina y en el tercer mundo: doblegarse y aceptar plenamente la relación amo-esclavo o rebelarse contra ella para el logro de ese buscado y justo equilibrio de sacrificios y de beneficios. Algunos pueblos se han visto obligados a rendirse en espera de mejores oportunidades, otros se rebelan y entran ya en abierta lucha contra sus viejos opresores colonialistas.

Así, la vieja lucha norte-sur, entre los centros de poder imperial y las colonias, se va transformando en lucha ideológica por la presión de los mismos centros de poder imperial que nada quieren saber de concesiones para sus esclavizados subordinados. Es el mismo sistema el que se encarga de colocar la vieja lucha antiimperialista en el contexto de la lucha ideológica este-oeste, capitalismo-comunismo. Cualquier pueblo que reclame un mínimo de justicia social dentro del colonialismo, será considerado comunista; igual que cualquier intelectual que pugne, como hace siglos, por una mayor justicia social, será considerado comunista y por ello puesto fuera del sistema. Se dice que cuando se invoca al diablo, el diablo acaba apareciendo; así ha ido sucediendo en pueblos que no aspiraban sino a lograr un poco de justicia, que luchaban contra males internos, acabando en ineludible relación con males externos. Por ello la revolución cubana en una lucha de golpe y contragolpe, de resistencia, acaba declarándose una revolución marxista-leninista. Así ha venido sucediendo en Nicaragua, en un pueblo que, haga lo que haga por mostrar su raigambre democrática en la búsqueda de un justo equilibrio de intereses, está siendo presionado y enjuiciado, para justificar su destrucción. En todos los esfuerzos que han hecho los pueblos de esta región en América, como los que hacen otros pueblos en otras regiones del mundo, por el logro de un mínimo de justicia social, acaban siendo brutalmente castigados o enfrentados a sus opresores. Por ello el socialismo, como antes el liberalismo, que se ha dado naturalmente en la historia del mundo occidental, es algo que en estos pueblos ha de darse, venciendo previamente a sí mismo, a sus propios impedimentos y a los que el sistema le impone. Ha de des-

⁴ Cf. Claude Julien, *La Revolución Cubana*, Marcha, Montevideo, 1961.

arrollarse bajo una gran bóveda que parece marcar los límites del cambio. Bóveda que tiene que ser rota para que este cambio en plenitud sea posible. Y en la ruptura de esa bóveda colaboran sus mismos creadores, el sistema que no acierta a imponerse la obligada limitación que le impone la ineludible relación que guarda la misma con el peculiar desarrollo de los pueblos que lo hacen posible. Ernesto Che Guevara, hablando ante los pueblos del tercer mundo, decía que la solución es hacer “Dos, tres... muchos Vietnam”, y en esta solución son los mismos conductores del sistema los que se tienen más interés en crearlos con su intransigencia.

EL SOCIALISMO Y LA SOLIDARIDAD NACIONAL E INTERNACIONAL

El socialismo en su expresión más equilibrada y justa, que implica el desarrollo material de los pueblos sin menoscabo de la libertad de los individuos que los forman, se dice que ha de resultar de las contradicciones del sistema que lo antecede, el capitalista. Estas contradicciones, decíamos, no se han dado en el mundo capitalista, en cambio se están dando en los pueblos bajo dependencia colonial. Estos pueblos no pueden ya esperar a que esas contradicciones se den plenamente en el sistema. Tienen que actuar y están actuando de acuerdo con las presiones recibidas. Nuestros pueblos en América Latina, como en Asia y África no pueden esperar y están imponiendo el cambio bajo sus propias reglas. Esto debe ser comprendido por el socialismo en el resto del mundo, y con algo más que declaraciones de solidaridad, apoyar las revoluciones de liberación de los pueblos bajo el sistema imperial. Será de esa liberación de la que dependa, a su vez, la plenitud del socialismo en el mundo, ya que toca el corazón mismo del sistema. Son estos pueblos con sus brutales sacrificios los que han hecho posible el sistema que les regatea el mínimo de justicia. El estrangulamiento de estos pueblos por la represión, sólo es a la larga o a la corta, una especie de harakiri que se aplica al sistema. Existen ya voces en el sistema que hacen hincapié en este peligro dentro del mismo sistema suicida. Ahora el problema de la deuda externa está alertando de los peligros de una explotación que parece no tener límites, angostando las mismas posibilidades del avariento sistema.

Para los pueblos en la América Latina lo central tendrá que ser la relación solidaria que hace siglo y medio les permitió triunfar sobre el imperialismo ibero. La relación solidaria que debe también ser mantenida con los pueblos en Asia y en África y con todos ellos entre sí. Pero también será necesaria la solidaridad del socialismo de los países capitalistas. Las reglas del juego del paso del capitalismo al socialismo señaladas por el marxismo han cambiado, parte de ese cambio lo fue el llamado marxismo-leninismo, pero aún hay más cambios en estas reglas que han de ser

analizados, conocidos para su mejor aplicación en la búsqueda de un socialismo mundial que logre, simplemente, esa obligada relación, tan grata a los latinoamericanos, de un equilibrado reparto de sacrificios y de beneficios. Nada más, pero también nada menos.